

Cuando el señor Holbrok Jackson publicó un libro sobre la literatura del final de siglo, busqué con ansiedad en el índice el nombre de Soames, Enoch. Temía que no estuviera. En efecto, no estaba. Todos los demás estaban. Muchos escritores a quienes había olvidado por completo o recordado muy vagamente, así como sus libros, renacieron para mí en las páginas del señor Holbrook Jackson. El estudio era exhaustivo y brillante, de manera que aquella ausencia venía a confirmar el peso ínfimo que la vida y la obra de Soames habían alcanzado.

Me temo además haber sido la única persona que advirtió su ausencia. ¡De tal modo había fracasado Soames! Y no me consuela pensar que, de haber logrado algún éxito, yo lo habría olvidado también como a tantos otros que olvidé, hasta que la pluma del historiador me los ha devuelto a la memoria. Pero es verdad que si su talento, tal como era, le hubiese sido reconocido en vida nunca habría hecho el pacto que hizo —y que yo le vi hacer—, ese extraño pacto cuyas consecuencias lo han mantenido para siempre vivo en mi recuerdo. Porque de esas consecuencias emana el brillo hórrido de la mucha piedad que inspira su infortunio.

No es la compasión, sin embargo, lo que me impele a escribir sobre él. Por su bien, pobre hombre, sería mejor que me mantuviera en silencio, que no es bueno burlarse de los muertos. Porque ¿cómo escribir sobre Enoch Soames sin hacer que parezca ridículo? O, dicho de otra manera, ¿cómo ocultar el hecho horrible de que era un ser ridículo? No sabré hacerlo. Y algún día estaré obligado a escribir sobre él. Así que mejor ponerme a ello ahora mismo.

En el trimestre de verano del curso de 1893, un bólido cayó sobre Oxford y se hundió profundamente en la tierra. Profesores y estudiantes se apiñaron alrededor, más bien pálidos, sin hablar de otra cosa. ¿De dónde había venido este meteoro? De París. ¿Su nombre? Will Rothenstein. ¿Sus intenciones? Realizar una serie de veinticuatro retratos en litografía que serían publicados por la Bodley Head, de Londres. El asunto era urgente. Ya el rector Fulano y el decano Mengano y el excelentísimo profesor Zutano habían posado con toda humildad. Ancianos venerables que nunca se habían dignado posar, no se resistieron al dinámico y pequeño extranjero. No suplicaba: invitaba; no invitaba: ordenaba. Tenía veintiún años y sus anteojos brillaban más que ningunos otros que yo haya visto. Dotado de humor e ingenio, estaba lleno de ideas. Conocía a Whistler. Conocía a Edmond de Goncourt. Conocía a todo el mundo en París. No era una persona, era una ciudad entera, París, trasplantada a Oxford. Se decía que en cuanto hubiera terminado con la colección de profesores, incluiría a algunos estudiantes. Fue un gran orgullo para mí estar en esa lista. Me gustaba Rothenstein tanto como lo temía; y entre nosotros surgió una amistad que ha crecido con el tiempo.

Al final del trimestre se estableció en —o acaso debo decir cayó sobre— Londres. A él debo mi primera aproximación a un pequeño mundo encantador en sí mismo, Chelsea, y mi primer conocimiento de Walter Sickert y otros venerables que vivían allí. Fue Rothenstein quien me llevó a ver, en Cambridge Street, Pimlico, a Aubrey Beardsley, un joven cuyos dibujos eran ya muy valorados entre los entendidos. Le visité con Rothenstein por primera vez en Bodley Head. Él me condujo a otro mundo de encanto y osadía intelectual, la sala dominó del Café Royal.

Allí, en esa tarde de octubre, en un exuberante panorama de ornamentos dorados y terciopelos carmesí, entre opuestos espejos y cariátides esforzadas, entre columnas de humo de tabaco que alcanzaban las pinturas paganas del techo, entre el zureo de conversaciones probablemente cínicas, interrumpidas una y otra vez por el chocar de las fichas de dominó contra el mármol de las mesas, respiré profundamente y me dije: «¡Ah, ésta es verdaderamente la vida!».

Era poco antes de la cena. Bebíamos vermut. Quienes conocían en persona a Rothenstein se lo señalaban a quienes sólo lo conocían de oídas. Constantemente traspasaban las puertas batientes hombres que deambulaban a la búsqueda de mesas libres u ocupadas por amigos. Uno de ellos me interesó porque me pareció evidente que quería llamar la atención de Rothenstein. Pasó al lado de nuestra mesa dos veces con mirada indecisa; pero Rothenstein, absorto en lo más espeso de una disquisición sobre Puvis de Chavannes, no lo vio... Se trataba de una persona cargada de espaldas, grande, alta, muy pálida, de pelo largo y más bien negro. Tenía una barba rala y vaga, o mejor dicho, una barbilla de la que salían algunos pelos rizados que parecían disimular la insuficiencia de su mentón. Era sin duda un individuo de aspecto muy singular, pero a fines del siglo xix tipos así eran muy frecuentes, mucho más de lo que lo son ahora. Los jóvenes escritores de entonces —y estaba seguro de que aquel hombre era un escritor— procuraban llamar la atención por su apariencia. Aquel hombre se había esforzado con bastante mal resultado. Usaba sombrero de corte clerical pero de intención bohemia y una impermeable capa gris que, acaso porque era impermeable, distaba mucho de resultar romántica. Decidí que «etéreo» era el mot juste que le correspondía. Yo ya había hecho mis primeros pinitos en literatura y era devoto del mot juste, el Santo Grial del momento.

El hombre etéreo volvió a pasar; esta vez se detuvo.

—Usted no me recuerda —dijo con una voz a medio modular.

Rothenstein lo miró de frente.

—Sí. Lo recuerdo —replicó un momento después, con más orgullo que efusión, orgullo por la eficacia de su memoria—: Edwin Soames.

—Enoch Soames —rectificó Enoch.

—Enoch Soames —repitió Rothenstein, en un tono que implicaba que ya le parecía bastante haber recordado el apellido—. Nos encontramos en París dos o tres veces cuando usted vivía allí. Nos encontramos en el *Café Groche*.

—Y fui a su estudio una vez.

—¡Oh, sí! Y siento mucho que yo no estuviera.

—Pero si sí estaba... Usted me mostró alguno de sus cuadros. ¿Se acuerda? He oído que ahora vive usted en Chelsea.

—Sí.

Me maravilló que después de este monosílabo el señor Soames no se fuera. Se mantuvo allí de pie, con la paciencia muda de un asno frente a una puerta cerrada. Triste figura, en verdad. Se me ocurrió que hambriento era acaso su verdadero mot juste, pero ¿hambriento de qué? Me dio lástima; y Rothenstein, aunque no lo había invitado a Chelsea, lo invitó a sentarse y a tomar algo.

Sentado, se mostró más confiado. Echó hacia atrás las alas de su capa en un gesto que, de no tratarse de una capa impermeable, hubiera parecido un reto a la vida. Pidió una absenta.

—*Je me tiens toujours fidèle* —le dijo a Rothenstein— *à la sorcière glauque*.

—Le sentará mal —dijo Rothenstein secamente.

—Nada puede hacerme mal —respondió Soames—. *Dans ce monde il n'y a ni bueno ni malo*.

—¿Nada bueno y nada malo? ¿Qué quiere usted decir?

—Todo eso lo expliqué en mi prefacio de *Negaciones*.

—¿*Negaciones*?

—Sí; le di a usted un ejemplar.

—Sí, claro. ¿Pero explicó usted, por ejemplo, que no hay diferencia entre una buena y una mala escritura?

—Mmm, no —dijo Soames—. Naturalmente que en el Arte existen el Bien y el Mal. Pero en la vida... no. —Se estaba liando un cigarrillo. Tenía unas manos débiles y blancas, no muy limpias, con las puntas de los dedos manchadas de nicotina—. En la Vida existe la ilusión del Bien y del Mal, pero —y su voz se adelgazó hasta convertirse en un susurro donde las palabras *vieux jeux* y rocó apenas podían oírse. Creo que se estaba sintiendo muy poco brillante y que temía que Rothenstein le pillara en algún renuncio. Carraspeó, aclarando su garganta, y dijo:

—*Parlons d'autre chose.*

¿Se le hubiera ocurrido a alguien pensar que Soames era tonto? No a mí. Yo era joven y no tenía la claridad de juicio que ya había alcanzado Rothenstein. Soames era cinco o seis años mayor que nosotros. Además, había escrito un libro. Era maravilloso haber escrito un libro.

Si Rothenstein no hubiera estado delante, yo habría reverenciado a Soames. Aun así, lo respetaba. Y me acerqué mucho a la reverencia cuando le oí decir que pronto iba a publicar otro. Pregunté si podía decirnos de qué libro se trataba.

—Mis poemas —respondió.

Rothenstein preguntó si ése iba a ser el título de la obra.

El poeta meditó sobre esta idea, pero dijo que prefería que su libro no tuviera ningún título.

—Si un libro tiene calidad en sí mismo... —murmuró, agitando el cigarrillo.

Rothenstein objetó que la falta de título podía perjudicar la venta del libro.

—Si voy a una librería —expuso— y pido un ejemplar de... así, sin más, ¿cómo van a saber lo que yo quiero?

—Por supuesto que llevará mi nombre en la portada —contestó vivamente Soames—. Y me gustaría —agregó, clavando sus ojos en Rothenstein— que también tuviera un retrato mío.

—Una idea espléndida —admitió Rothenstein; pero acto seguido mencionó que se iba al campo y que estaría fuera durante algún tiempo. Miró en ese momento su reloj, se hizo cruces de lo tarde que era, pagó la cuenta y salió conmigo a cenar. Soames permaneció en su sitio, fiel a la bruja glauca.

—¿Por qué se ha negado tan tajantemente a dibujarle?

—¿Dibujarle? ¿A quién? ¿Cómo se puede dibujar a un hombre que no existe?

—Es etéreo —admití. Pero mi *mot juste* se perdió en el aire. Rothenstein repitió que Soames no existía.

Y, sin embargo, Soames había escrito un libro. Pregunté a Rothenstein si había leído *Negaciones*. Dijo que lo había mirado, «pero —añadió de manera tortuosa— no entiendo nada de literatura». Una reserva muy de la época. Los pintores de entonces no permitían que nadie ajeno a su gremio opinara sobre pintura. Esta ley (grabada en las tablas que Whistler trajo consigo de las alturas del Fujiyama) imponía ciertas limitaciones. Si las otras artes resultaban comprensibles para los no practicantes de ellas, todo el edificio se derrumbaba, con lo que esta especie de doctrina Monroe, pues eso era, dejaba de ser válida. Por consiguiente, ningún pintor se atrevía a opinar de un libro sin avisar previamente de que sus juicios carecían de valor. Nadie tenía mejor juicio literario que Rothenstein, pero no hubiera sido oportuno decirselo en aquellos días. También comprendí que debía formar por mí mismo un juicio sobre *Negaciones*.

Por entonces me parecía imposible no comprar un libro de un autor al que yo conociera personalmente. Y cuando volví a Oxford para el trimestre de Navidad ya me había hecho con un ejemplar de *Negaciones*. Acostumbraba a dejarlo sobre la mesa de mi habitación y cuando alguno de mis amigos lo hojeaba interesándose por él, yo solía decir:

—Está muy bien. Conozco al autor.

Claro que nunca fui capaz de decir de qué trataba. Principio y final se confundían en aquel liviano volumen de color verdoso. Ni en el prefacio encontré clave alguna que me explicara el laberinto de los contenidos; ni en éstos una luz que me iluminara el prefacio.

*Inclínate sobre la vida. Inclínate cerca, muy cerca.*

*La vida es un tejido, no trama ni urdimbre, la vida es sólo un tejido.*

*Por eso soy católico en la iglesia y en el pensamiento, pero también dejo que mi genio teja lo que a mi genio se le antoje.*

Tales eran los párrafos iniciales del prefacio, pero los que seguían eran todavía más difíciles de entender. Luego venía un cuento, *Stark*, sobre una midinette<sup>1</sup>, que según llegué a comprender, mató, o estaba a punto de matar, a un maniquí. Me pareció como un cuento de Catulle Mendès, del que se hubiera traducido una frase sí y otra no. Lo siguiente era un diálogo entre Pan y Santa Úrsula falto, a mi parecer, de garra. A continuación, algunos aforismos titulados *aforismata*.

De principio a final, había de hecho en el libro una gran variedad de formas y era evidente que esas formas habían sido forjadas a cincel. Era la sustancia lo que se me escapaba. ¿Había alguna?, me pregunté. Y si a la postre Enoch Soames no era más que un pobre tonto... Hipótesis ahogada en seguida por la hipótesis contraria. ¿No sería yo el pobre tonto? Me incliné por conceder a Soames el beneficio de la duda. En su día había leído *L'Après-midi d'un Faune* sin encontrarle el más mínimo sentido. Y Mallarmé, naturalmente, era un genio. ¿Cómo estar seguro de que Soames no lo era? Había alguna musicalidad en su prosa, no del todo subyugante, es cierto, pero sí dotada, o al menos a mí me lo parecía, de una cierta magia y una significación tan honda como la del mismo Mallarmé. Esperé pues sus poemas con la mejor de las intenciones.

Más tarde, cuando tuve un segundo encuentro con él, debo decir que comencé a esperarlos con verdadera impaciencia. Fue en una tarde de enero, en el *Café Royal*. De camino a la sala dominó, pasé al lado de una mesa a la que se sentaba un hombre pálido con un libro abierto ante él. Levantó la vista hacia mí y yo volví la cabeza con la vaga sensación de que debía saludarlo. Me di la vuelta y, tras unas primeras palabras, señalando el libro que estaba leyendo, le pedí disculpas por la interrupción.

—No importa —replicó Soames con su voz a medio modular—. Prefiero ser interrumpido —y obedecí su gesto de sentarme a su misma mesa.

Le pregunté si tenía costumbre de leer allí.

—Sí, aquí leo estas cosas —respondió indicando el título del libro—: *Poemas*, de Shelley.

—¿Algo que usted de verdad...? —iba a decir «admira», pero dejé inconclusa la frase y me alegré de ello, porque respondió con insólito énfasis:

—Cosas de segunda.

Yo apenas conocía a Shelley, pero dije en un susurro:

—Por supuesto, es muy desigual.

—Yo pensaría que justamente es la igualdad la que lo mata. Una igualdad mortal. Por eso le leo aquí. El ruido de este sitio rompe el ritmo de la lectura y la hace tolerable.

Soames tomó el libro y hojeó rápidamente sus páginas. Se echó a reír. Su risa era un sonido gutural triste, seco y corto, huérfano de gestos y falto del menor brillo en sus ojos.

—¡Qué época! —exclamó, dejando el libro sobre la mesa en ademán de repudio—. ¡Qué país!

Algo nervioso le pregunté si no estaba de acuerdo conmigo en que la poesía de Keats se salvaría del paso del tiempo. Admitió que había «pasajes» en Keats, pero no los nombró. De los «mayores», como los llamó, se quedaba sólo con Milton.

—Milton no era sentimental —sentenció—. Además Milton tenía un interior oscuro. Yo siempre leo a Milton —añadió— en la sala de lectura.

—¿La sala de lectura?

—Del Museo Británico. Voy a diario.

—Cada día... Yo sólo estuve una vez. Y me pareció un lugar deprimente, como si le privara a uno de vitalidad.

—Así es. Por eso voy allí. Cuanto menos vitalidad, más sensible se es al Gran Arte. Vivo cerca del Museo. Tengo mi casa en Dyott Street.

—¿Y va usted a la sala de lectura a leer a Milton?

—Normalmente a Milton —me miró—. Fue Milton quien me convirtió al Satanismo.

—¿Satanismo? ¿De verdad? —exclamé yo con la vaga incomodidad y el intenso deseo de ser cortés que uno siente ante un hombre que le habla de su propia religión— ¿Usted... adora al Diablo?

Soames sacudió la cabeza.

—No es exactamente adorar —rectificó, sorbiendo un poquito de absenta—. Es más bien un asunto de confianza y estímulo.

—¡Ah!, sí... sin embargo yo había entendido en el prefacio de *Negaciones* que usted era más bien católico.

—*Je l'étais cette époque*. Quizá todavía lo sea. Sí, un satanista católico.

Hizo esta precisión como de pasada. Advertí que lo verdaderamente importante para él era que yo hubiera leído *Negaciones*. Sus ojos pálidos habían brillado por primera vez. Tuve la sensación angustiosa del alumno que está a punto de ser examinado en voz alta sobre el tema que menos ha estudiado. Rápidamente le pregunté si sus poemas iban a ser publicados pronto.

—La semana próxima —me contestó.

—¿Y se publicarán sin título?

—No. Encontré finalmente uno. Pero no se lo voy a decir —me espetó, como si yo hubiera sido impertinente preguntárselo—. No me satisface del todo. Pero es lo mejor que tengo. Sugiere algo de la calidad de los poemas... Extraños crecimientos, naturales y salvajes; pero exquisitos y cromáticos y llenos de veneno.

Le pregunté su opinión sobre Baudelaire. Emitió una risa ronca y dijo:

—Baudelaire es un *bourgeois malgré lui*. Francia sólo ha tenido un poeta: Villon; y las dos terceras partes de Villon eran puro periodismo. Verlaine era un *épicier malgré lui*. —En conjunto pensaba que la literatura francesa era inferior a la inglesa, lo que me sorprendió—. Sin embargo, algunos pasajes de Villiers de l'Isle-Adam...

—Pero —concluyó—, yo nada le debo a Francia —y afirmando con la cabeza aventuró: —Lo verá usted mismo.